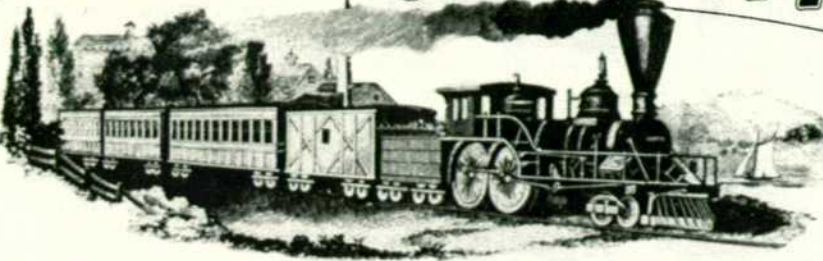


Los pecados capitales en el ferrocarril



Por FERNANDO DIAZ-PLAJA

3. LA IRA

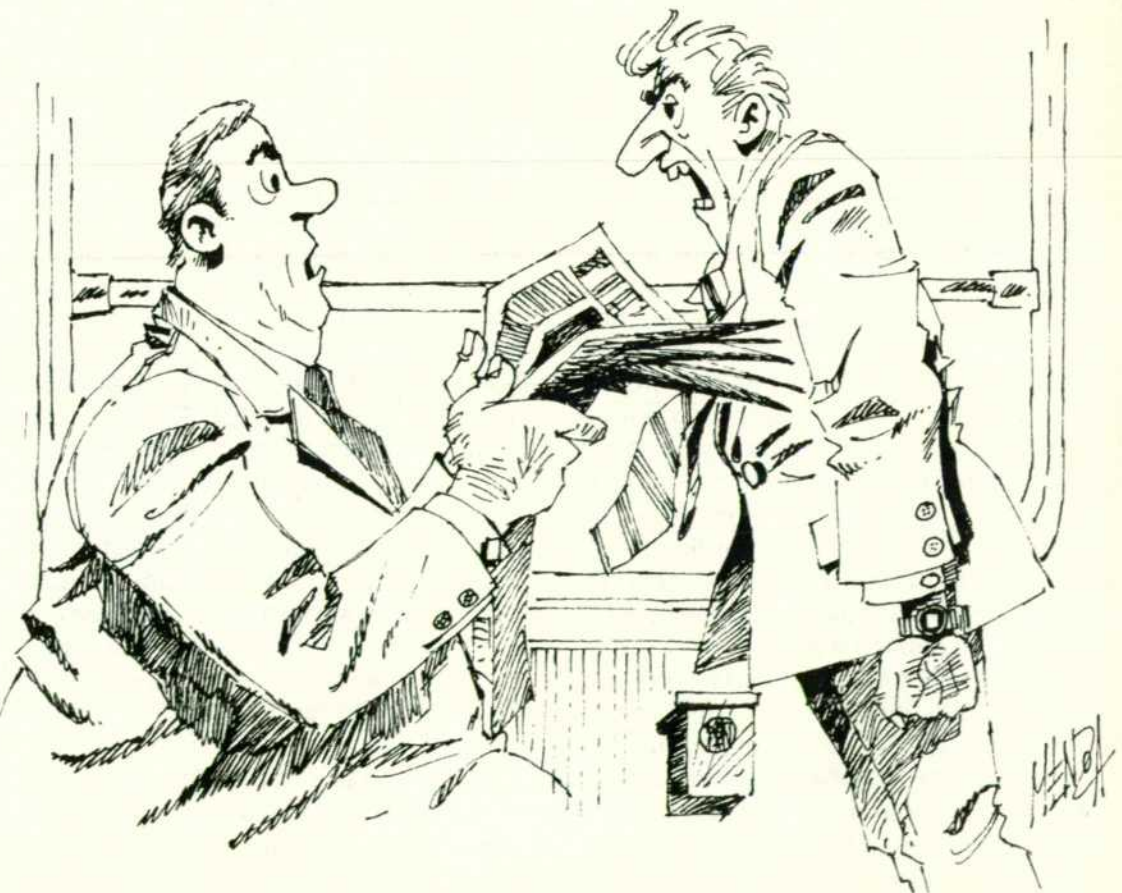
LA cólera que se despierta en el individuo está a menudo unida a la soberbia, a la que me refería semanas atrás. Evidentemente, el orgulloso ofendido movido por la ira recurre fácilmente a la violencia. "¡Hacerle eso a él!, a él; ¡ah, no!, nadie se burla del hijo de su madre", etcétera.

Aparte de ello si he visto la ira surgir fácilmente en el tren de muchos países ha sido debido, en primer lugar, al encierro de los viajeros. Cuando uno va en coche, por ejemplo, tiene mil razones más que en el tren para enfadarse —el que se cruza, el que no le deja cruzar, el guardia civil de Tráfico—, pero, en general, el paisaje humano cambia prontamente y la ira se olvida porque desaparece su motivo. Pero en el tren uno permanece quieto en su sitio y si "le cae gordo" alguien que está en el asiento frontero, esa sensación va madurando, agravándose hasta que llega el estallido. De pronto, a la altura de Reus, el señor que iba sentado frente a otro desde Madrid empieza a decirle groserías. El agredido se sorprende e igualmente lo hacen los demás presentes, porque, al parecer, ha habido motivo para tal intemperancia. Pero la verdad es que si tienen razón ellos, también la tiene el violento. Efectivamente, la última frase del aludido no justificaba la reacción, pero es que esa frase era la que desbordaba el vaso de la paciencia del iracundo a quien, desde la estación de Chamartín, en Madrid, le ha sentado mal el caballero de enfrente, que en Guadalajara ya decidió que tenía un aspecto detestable y un sentido del

humor impertinente, que en Zaragoza pensó que se estaba poniendo realmente muy pesado y que ya en Reus no pudo aguantar más y le dijo todo lo que había estado "comiéndose" durante el viaje, justamente en el momento en que su interlocutor estaba más tranquilo. La ira, en ese caso, había ido calentándose

a fuego lento y había estallado la caldera cuando menos lo esperaba el causante de ella.

Palacio Valdés contó en un capítulo de "La hermana de San Sulpicio" una explosión de ira curiosa. El interesado es un juez catalán con cara de pocos amigos, que de pronto, malhumorado desa-



"... Ya en Reus, no pudo aguantar más..."



"... por la ventanilla, los enseres del viajero".

parece del vagón; los compañeros de viaje creen que ha bajado en la estación y cuando el jefe anuncia la salida se apresuran a hacer bajar por las ventanillas los enseres del viajero —sombrero, paraguas, abrigo—. Hay que advertir que en aquellos tiempos los que iban en el tren se ponían cómodos; el sombrero se sustituía por una gorra, la chaqueta por un guardapolvos, los zapatos por zapatillas... y ataviado a esa guisa es como aparece al poco rato de ponerse en marcha el convoy el catalán de marras, esta vez con aire risueño. Viene de otro vagón donde ha estado hablando con unos paisanos, comiendo butifarra y bebiendo buen vino. Hay un momento de tensión entre los viajeros echando miradas aterradas a la rejilla vacía, y, por fin, uno se decide a murmurar que ellos..., sin querer... intentando hacerle un favor... pensando que había perdido el tren... habían bajado sus pertenencias en la estación... de... Cuando por fin se abre camino en la mente del catalán lo que le han hecho y lo comprueba, estalla en un arrebato de cólera —cómo me presento ahora así, el presidente del Tribunal—, que durará todo el tiempo que tarde el tren en llegar hasta la primera estación donde se baja diciendo pestes el buen señor. (Hay que reconocer que su ira estaba justificada.)

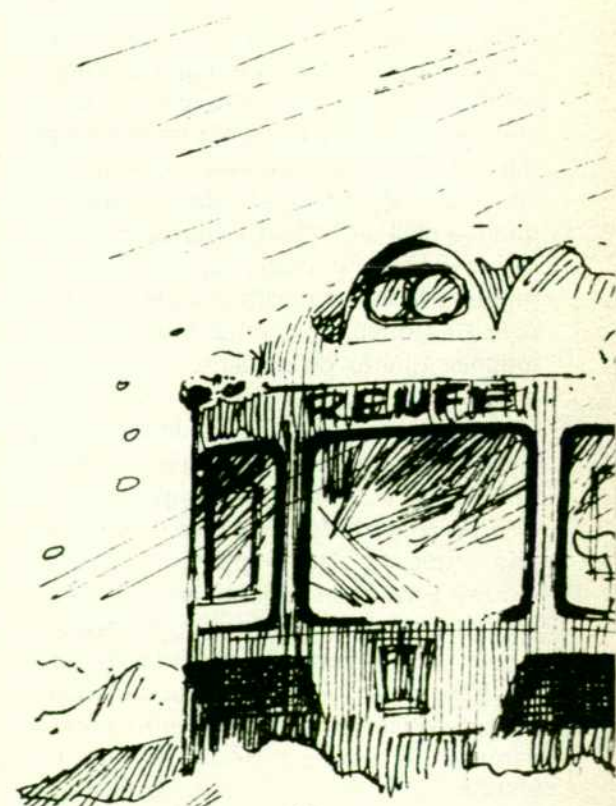
Sí, la ira del viajero se cuece lentamente. Y la metáfora es válida cuando, como me ocurrió a mí, la calefacción del tren estaba puesta altísima durante el viaje desde Baltimore a Miami (día y medio de viaje). Paréntesis aclaratorio: curiosamente, los trenes de USA no están a la altura de los demás servicios de transporte y cualquier relación con el autocar o el avión USA es pura coincidencia. En una serie de medidas suicidas, Washington apoyó el aeropuerto y la autopista negando cualquier ayuda a los ferrocarriles, que fueron degradándose irremisiblemente. Consecuencia para el usuario: trenes malos, lentos e inseguros. Consecuencia para el país: la dependencia del transporte por carretera es tan grande que en el Ministerio de Defensa llegaron a la asustante conclusión de que si quisiera el sindicato de camioneros ("teamsters") podría paralizar la vida entera del país en veinticuatro horas, con las posibles consecuencias en caso de guerra.

Y entre las deficiencias típicas del tren americano está la de la calefacción, que no hace más que exagerar la tendencia USA a calentar excesivamente sus casas. En las varias ocasiones en que me ha ocurrido una avería en las conducciones, siempre ha habido calor

de más y nunca de menos. Imagino que la compañía en caso de dificultad pensará que es más fácil que la gente se muera de frío a que se muera de calor, porque con abrir una ventana...

Lo malo es que en mi "roomette" —un departamento individual con cama abatible, que de día pasa a ser un saloncito mínimo— la ventana no se abría, por lo que tuve que pasarme gran parte del viaje asomado a la parte superior de la salida del vagón para poder respirar aire puro, postura que alternaba con la de meter la cabeza para rugir mis protestas al revisor cuando pasaba por las cercanías y que me hizo el mismo caso que a mis compañeros de viaje; es decir, ninguno. También obtuve el mismo resultado con una carta sarcástica que envié al "New York Times".

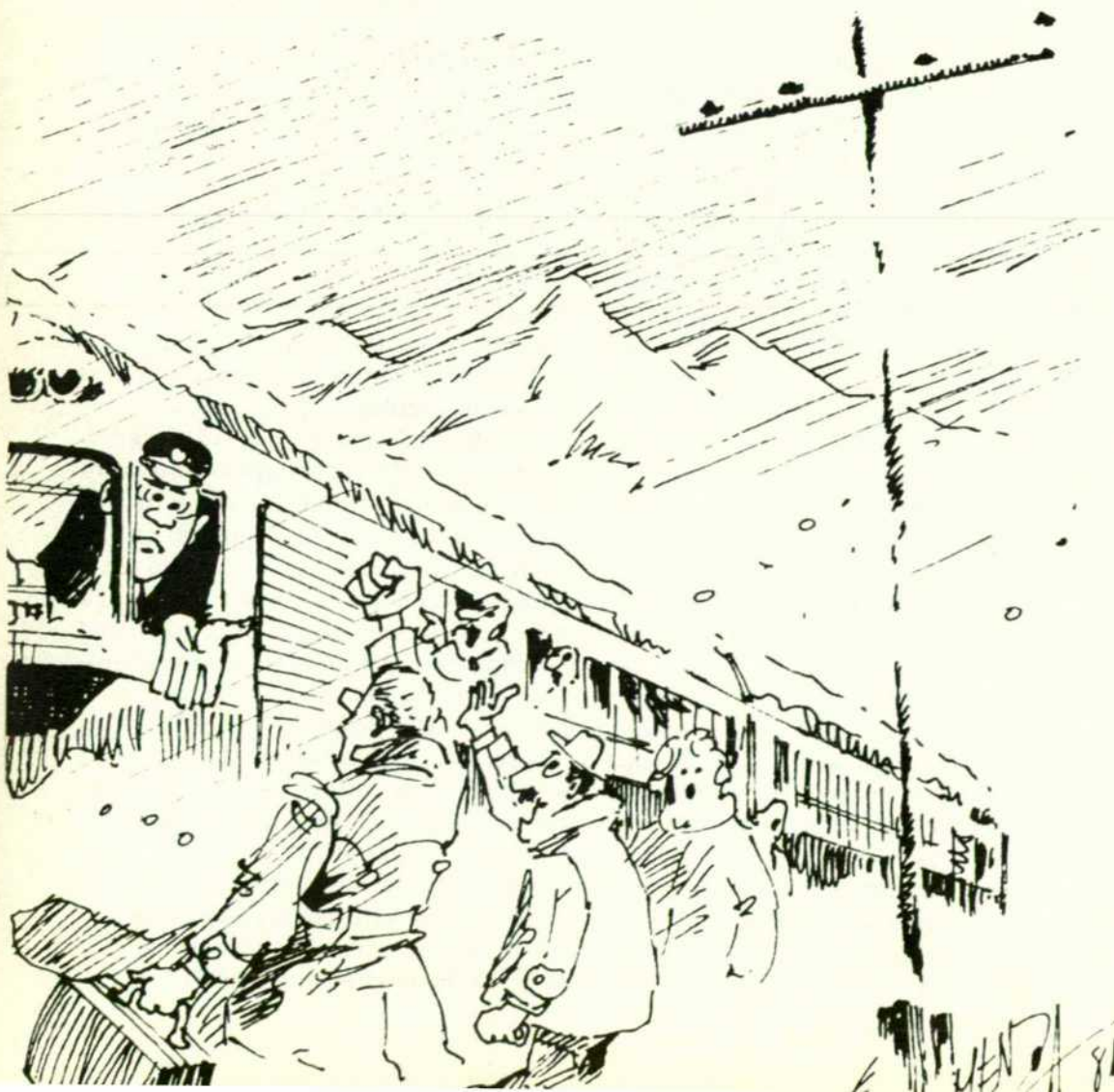
La razón de esa indiferencia, muy poco propia de un país cuyos servicios se empeñan en ayudar siempre al cliente, es muy sencilla de comprender. Las empresas de ferrocarriles en USA son privadas y no tienen subsidios del Estado; éste les concede permiso para explotar unas líneas siempre que transporten via-



"Las apetencias del viajero inmóvil se duplican".



"... estalla en un arrebato de cólera".



jeros, pero como el ser humano requiere una comodidad mayor y unos servicios extras, la compañía pierde dinero con él mientras lo gana con las mercancías. De forma que cada vez que un cliente baja del tren encolerizado jurando que no volverá a subirse en él, la compañía, en lugar de entristecerse, se frota las manos. Un espacio menos para un cuerpo significa un espacio más para la caja de productos agrícolas o el saco de lana. Fenomenal.

La ira del pasajero, decía antes, se va incrementando a medida que pasan las horas, porque confinado en su vagón, no tiene otra cosa en que pensar. Pero la frase de que la cólera es mala consejera, como tantos otros tópicos, es cierta. Hace poco leí que los pasajeros de un tren del Norte al que habían inmovilizado las repentinas nevadas habían protestado ruidosamente porque a las diez horas de parada se había terminado a bordo el pan, la leche e incluso el agua. Me alegro de no haber estado en ese tren, porque aparte de compartir la incomodidad que sufrieron, debido a mi suicida tentación de infundir sentido común a los españoles, una empresa inútil en la que llevo veinte años, hubiera intentado explicar a los iracundos protestones que un tren no puede llevar comestibles y bebestibles para diez o doce horas más de las programadas para el viaje, a no ser que dedique un vagón entero a almacén-bodega. Sin olvidar que las apencencias del viajero inmóvil se duplican por el nerviosismo. Todos comen más y beben más de lo habitual y al niño chillón desasosegado por el encierro se le intenta tapar la boca con más bocadillos de los que necesita. Exigir que un convoy esté preparado para ese "naufragio", que es lo que en el fondo resulta una detención parecida, es pedir la Luna.

(Algo parecido se puede decir a los que se quejan porque a la salida del fútbol y lloviendo no encuentran taxis libres. Si en esas circunstancias de masa humana y del mal tiempo combinadas, hubiera una hilera de coches vacíos significaría que en Madrid estarían sin trabajar normalmente más de la mitad de los taxis.)

La ira que desemboca en la violencia encuentra un camino literario cómodo en el tren, y no es raro que la mayoría de escritores de suspense hayan situado en



"Yo no puedo presenciarlo sin protestar enérgicamente".

el ferrocarril sus dramas. Para ello existe, para empezar, la posibilidad ¡tan novelesca! de situar juntos por unas horas a personajes hasta entonces desconocidos entre ellos, de diversas procedencias y nacionalidades. (Sólo el barco permite algo parecido; el viaje de avión es demasiado breve para que pueda caber encuentro, nudo y desenlace). Por otra parte, muchas veces el tren viaja de noche, el ruido de las ruedas acallan gritos, una puerta puede abrirse de pronto hacia la cómplice oscuridad... Simenon, Agatha Christie, Conan Doyle usaron el tren para situar a sus asesinos y disponer de sus muertos. Y el tren se presta mucho más cuando las víctimas no lo son para ser robadas, sino cuando con su desaparición se cubren objetivos de alta política internacional, es decir, cuando se trata de espionaje. Para ello es esencial que el tren pase por países distintos. Un Madrid-Málaga, por ejemplo, no ayuda demasiado al autor de novelas de ese tipo. Tiene que ser, cuando menos, un París-Francfort y todavía mejor, el afamado "Orient Express" que cruzaba Francia, Suiza, Austria, Hungría, Rumania, Turquía, con todas las posibilidades que una serie de países tan distin-

tos daba a los servicios secretos respectivos. Fue tal el partido que sacaron los novelistas de ese tren, que yo estoy convencido de que su desaparición se realizó mucho después de que su explotación estuviera cargada de déficit. Probablemente el "sindicato de novelistas de espionaje ferroviario" dio ayudas sustanciosas para que no quitaran un medio de locomoción al que debían sus mejores éxitos.

(No olvidemos que muchas novelas fueron llevadas al cine y realmente es difícil de competir en ese medio con un tren en marcha. Los postes pasando a toda velocidad, el monótono ruido de las ruedas sobre los rieles, los departamentos de literas abriéndose y cerrándose, la persecución por los pasillos y aún mejor por los techos de los vagones, esa puerta que al quedarse abierta demuestra que alguien ha huido o ha sido precipitado por ella. Agatha Christie dio uno de los mejores momentos del crimen ferroviario en el cine. Un momento que estaba a cargo de la fea, gorda, maravillosa Margaret Rutherford cuando veía por la ventanilla, en el tren que se había parado a la altura del suyo, cómo un hombre mataba a una mujer.

Hay una historia iracunda de tren que a mí me encanta y espero no sea conocida del lector o al menos se le haya olvidado de vieja. Es la del caballero que llega con dos niños y una niña al departamento donde hay sólo un señor de edad que los contempla llegar, primero con curiosidad y luego con creciente asombro. El recién llegado abofetea al primero de los niños, empuja violentamente al segundo, sienta a la niña duramente... A las tímidas protestas de los pequeños contesta a gritos: "¡a callar!", "¡se ha terminado!", "¡como digas otra palabra te reviento!", "¡basta de llantos, he dicho!". A los pocos minutos de presenciar la escena, el señor que estaba antes en el vagón se cree obligado a intervenir; procura hacerlo con un tono moderado que no eche más leña al fuego, pero al mismo tiempo con la firmeza que requiere la necesidad de interrumpir el bochornoso espectáculo.

"Perdone usted, señor —dice—, imagino que usted es el padre de esos niños y por ello tiene usted derechos sobre ellos, pero en la sociedad civilizada hay unos límites que no pueden transgredirse y uno de ellos es el de la violencia pública e indiscriminada. Usted está tratando a esos muchachos de forma absolutamente cruel y yo no puedo presenciarlo sin protestar enérgicamente..."

—¿Ah sí? —pregunta el padre sarcásticamente—. ¿Y qué va usted a hacer para evitarlo?

—Pues si quiere usted saberlo —sigue el otro irritado ante el desafío— puedo hacer que usted se arrepienta de lo que está haciendo, llamando a la Policía si es necesario. Usted no sabe quién soy yo. Siga usted así y verá cómo le causo un problema.

—¿Un problema? ¿que va usted a causar un problema?, ruge el otro. Mire usted, ese niño, el más bajito, se ha tragado los billetes de los cuatro. Al otro le confié el dinero, todo el dinero que tenía mientras iba al baño, y lo ha perdido. La niña, con esa cara de inocente que usted ve aquí, tiene trece años, está embarazada y no quiere decirnos quién es el culpable... Del disgusto que se llevó su madre, mi esposa, falleció de un infarto y llevamos su cadáver en el furgón de cola. Y, además... ¡estamos viajando en dirección contraria! ¿Y dice usted que me va a causar un problema?

Realmente era difícil. El señor de enfrente se calló y volvió a su periódico.—

■ (F. D. P. Ilustraciones: MENDOZA).